



EVA BRANN, *Comprendidos por Heródoto. Cómo la periferia bárbara define el centro griego*, traducción de Antonio Lastra, Editorial Nexofía, L’Eliaana, 2025, 78 pp., ISBN: 978-84-09-71513-8.

En *Comprendidos por Heródoto*, Eva Brann (1931-2024) ofrece una lectura renovadora de la *Historia* de Heródoto, proponiendo que el historiador de Halicarnaso sigue un “esquema de líneas oblicuas” o franjas concéntricas que, partiendo de las naciones bárbaras como perímetro, van definiendo gradualmente el carácter heleno y, en última instancia, la libertad ateniense frente a la otredad de Esparta. Asimismo, la traducción preserva tanto la riqueza dianoética del griego jonio como el matiz de “comprender” (*comprehend*) frente a la recepción tradicional de “entender”, de modo que el lector en castellano puede percibir con nitidez la tensión entre definición directa y definición sesgada que articula el texto original. En esta reseña intentaremos examinar primero la estructura general de la obra, luego las aportaciones más destacadas de Brann al estudio de la historiografía clásica y, por último, valoraremos sus principales aciertos y algunos puntos que invitan a debate.

Así pues, conviene ahora adentrarse directamente en la propuesta hermenéutica de Brann. A partir de aquí veremos cómo la autora despliega su modelo de franjas concéntricas, explorando sucesivamente el perímetro bárbaro, el corazón de la Hélade y, finalmente, las figuras clave que iluminan la dinámica interna de la polis.

En su lectura de la *Historia* de Heródoto, Brann propone un innovador “esquema de líneas oblicuas” que se despliega en franjas concéntricas y comienza en el horizonte bárbaro para, desde ahí, ir perfilando la helenicidad en diversas fases. Al adentrarse en los primeros libros, Brann muestra cómo el relato de Lidia y del encuentro con los persas en Asia Menor no es un simple prólogo etnográfico, sino la primera frontera que define un nosotros frente a un ellos, estableciendo la idea de “barbarie” a partir de un contraste lingüístico, cultural y político con la unidad cívica de los griegos. Seguidamente, el pasaje dedicado a Egipto aparece como un reverso deliberado: la tierra al revés de los faraones, con sus costumbres extrañas y un paisaje físico invertido, sirve para recalcar la transparencia y la claridad del mundo heleno, donde la familiaridad del clima y las instituciones cobra un relieve mayor. Más tarde, al narrar las costumbres semisalvajes de los escitas, la autora insiste en que estos habitantes de las estepas circunscriben otra vez la periferia —aunque a un nivel distinto— y, por su dureza y aparente anarquía, contribuyen a reafirmar la madurez política y moral de la polis griega.

Con este suelo etnográfico bien arraigado, la atención de Brann se traslada luego al corazón mismo de Grecia: Atenas emerge como sinónimo de libertad, al tiempo que su tensión con la rígida disciplina espartana revela los contornos ocultos del ideal ático. Esta dialéctica entre dos modelos de organización política permite a Brann mostrar hasta qué punto la definición de lo helénico no se da solo en términos positivos, sino por oposición a un otro interno y, sin embargo, siempre periférico. El estudio culmina en un



plano más íntimo, al contrastar las figuras de Leónidas y Pausanias con la de Temístocles: cada uno de estos protagonistas ilustra, a su manera, las virtudes y tensiones que conforman la identidad de Atenas y, al proyectarse unos contra otros revelan la estructura misma del relato herodoteo, mucho más matizada y estratégica de lo que parece a primera vista.

Finalmente, en un apéndice que dialoga con las teorías de François Hartog, Brann distingue su modelo radial del clásico “espejo del otro” y argumenta que la antítesis primordial no es dual, sino múltiple y definitoria en cada uno de los círculos concéntricos. De este modo, lo bárbaro no solo rodea lo griego, sino que se repliega y vuelve a emerger en distintos estadios de la narración, lo que otorga a la *Historia* una unidad dinámica y un sentido pedagógico tan riguroso como imaginativo.

Con esta precisión sobre el carácter múltiple de las oposiciones, que trasciende la mera dualidad hartoguiana, quedan establecidas las bases para valorar en detalle los logros de Brann. Así pues, la propuesta de Brann brilla en primer lugar por su audaz renovación metodológica: al concebir la *Historia* de Heródoto como un entramado de franjas concéntricas, la autora nos regala una imagen casi pictórica de la unidad del texto, donde cada periferia —desde los bárbaros persas hasta los escitas— no es un mero catálogo de curiosidades, sino un audaz trazo que define el núcleo helénico a través del contraste y la oposición concertada. Este enfoque supera lecturas fragmentarias que consideran la obra de Heródoto como un conjunto deshilvanado de anécdotas y, en cambio, descubre un diseño intencional que organiza el relato de manera coherente y estratégica.

Junto a esa originalidad hermenéutica, el rigor filológico y la fidelidad de la traducción merecen mención aparte. Pues al mantener en el cuerpo de texto el término “comprender” para reproducir el matiz de *comprehend* en inglés frente a “entender”, la traducción preserva la riqueza semántica de Brann y refleja la distinción entre definición directa y definición sesgada que subyace al esquema de franjas. De este modo, el lector en castellano percibe con claridad la tensión conceptual que impulsa todo el análisis.

Además, la obra se inscribe con acierto en los debates contemporáneos sobre la representación del otro. A saber, Brann dialoga tanto con el aparato crítico voluminoso de *The Landmark Herodotus* de Strassler —al que recurre para cotejar citas y matices— como con las reflexiones de François Hartog sobre la “retórica del otro”. Pero donde Hartog percibe ante todo dualidades étnicas regidas por un “tercio excluido”, Brann despliega su modelo radial, en el que lo bárbaro no es un simple espejo dual, sino un conjunto de oposiciones múltiples que definen cada círculo.

Sin embargo, la lectura de Brann abre igualmente preguntas que riegan las semillas de la reflexión. Por ejemplo, ¿hasta qué punto su esquema radial logra abarcar episodios que se escapan a la dialéctica centro-periferia, como las digresiones míticas o los relatos de prodigios? Aunque la autora sostiene que todas las anécdotas convergen en una intención “comprehensive”, ciertos pasajes —por ejemplo, las excursiones dedicadas a prodigios naturales— parecen requerir un examen más pormenorizado para confirmar su encaje en el diagrama concéntrico.

Por último, aunque la deja en un segundo plano, Brann insinúa una dimensión filosófica fascinante: la relación entre historia y poesía, evocando el famoso pasaje de Aristóteles en la *Poética* (1451 b) que distingue la filosofía de la poesía y la historia. Esa sugerencia de una “filosofía implícita” en Heródoto abre un campo fértil para futuros

ensayos que exploren cómo la narración histórica se convierte en reflexión sobre lo universal y lo particular, como un susurro que funde lo infinito con lo íntimo.

En este apéndice final, la autora distingue su modelo radial del clásico “espejo del otro” y muestra cómo lo bárbaro no solo rodea lo griego, sino que se repliega y vuelve a emerger en distintos estadios de la narración, otorgando a la *Historia* una unidad dinámica.

De esta forma, al sugerir de manera sutil una dimensión filosófica que enlaza historia y poesía Brann nos invita a contemplar la *Historia* de Heródoto no solo como un relato de hechos, sino como un ejercicio de reflexión sobre lo universal y lo particular. En consecuencia, este hilo que entreteje el “saber implícito” en la narración adquiere pleno sentido al reconocerse como parte de un método más amplio, en el que cada franja concéntrica no solo define geográficamente la helenicidad, sino que también delimita un espacio de diálogo entre distintos modos de conocimiento.

Para concluir esta reseña, destacamos que *Comprendidos por Heródoto* es una contribución valiosa para quienes deseen replantear la unidad y la intencionalidad de la *Historia*, pues su enfoque gráfico y etnográfico ofrece herramientas heurísticas novedosas. Por todo lo dicho hasta ahora, es menester considerar cuanto menos interesante la lectura de esta obra, no ya solo a investigadores interesados en la historiografía antigua, sino, también y especialmente, a quienes busquen un método alternativo de lectura, riguroso y a la vez abierto a conexiones interdisciplinarias. Finalmente, debemos mencionar la edición de Nexofía y la cuidada traducción, que refuerzan el interés de este volumen, honrando la memoria de Eva Brann con la excelencia que su trayectoria merecía.

Jaume Manzano Sánchez